

otros, nos haces muy felices: los rayos de tu gloria nos alumbran, y nos da la vida tu clemencia (1). ¿Por qué mi corazón no te ha de amar sobre todo el amor del universo? ¡Oh, Señora! Por Ti suspira el alma mía, tiemblan mis entrañas, mis ojos desfallecen, me siento herido, herido y traspasado con ardiente y amoroso dardo; caigo á tus pies y los abrazo, y los riego con mi llanto; mas no es mi llanto de amargura y duelo; lloro de amor, y mi pecho palpita de alegría: contemplo tu belleza, tus gracias, tus encantos; la santidad con que brilla el momento primero de tu existencia; el agrado con que entonces Dios te contempló diciendo: «¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres!» En Ti no hay mancha alguna. Y en este inmenso gozo que inunda el corazón, yo me rindo á tus sagradas plantas, cual un hijo á quien su madre nunca olvida; más le protege, y también le da lugar en su tierno corazón. Por esto es mi gozo sin medida, mi amada Madre, porque me amáis y me tenéis por hijo. Que este hijo os ame también con todo el corazón, y muera á la violencia del amor que os tiene.

(1) D. Bonav, in Psalt.

### CAPÍTULO III.

LA MARGARITA PRECIOSA DEL UNIVERSO.



¿Qué alegría puede tener quien vive en las tinieblas sin ver la luz del cielo? (1). Tal era el grito del dolor que arrojaban los que vivieron antes de Jesús; por esto suspiraron deseando su venida: pedían que el Señor rompiera el firmamento y descendiese; que las nubes destilaran el celestial rocío; que la tierra bendita produjese al Salvador (2). Viviendo en medio de la luz, nosotros tal vez no comprendemos la tristeza que devoraba el corazón de los antiguos justos al verse sin Jesús; como también no es fácil que midamos su consuelo al pensar en su divina Encarnación, y los vivísimos deseos por que el tiempo volara, dejando atrás en su carrera los años y los siglos que lo habían de preceder.

Cuando se acerca la época deseada, antes que el sol de la justicia aparezca sobre el mundo, se deja ver la aurora, derramando su serena luz, y haciendo huir al Occidente las sombras de la noche: aurora hermosa y brillante, á cuyo primer destello la ligera brisa derrama la fragancia de las flores, y sonrío de amor el mundo entero (3).

(1) Job, v, 12.

(2) Isa., XLV, 8; LXIV, 1.

(3) D. Ber., Serm. IV, in Salv.



Como la aurora es fin de las tinieblas, principio de la luz, así María, al nacer, da fin á los dolores, y derrama en nuestras almas el consuelo (1). Vuelve á los hombres la vida, y aumenta el gozo de los ángeles (2). De su seno nacerá la vida y salud de los mortales; por esto, cuando viene al mundo se destruye la antigua sentencia de muerte, y difunde en la tierra su grato aroma, perfume de gracia y pureza, porque Ella es la flor de la vid (3). Por esto vemos el nacimiento de la Inmaculada Niña como un singular beneficio del Señor, munificencia incomparable del Altísimo. El astro del día derrama más pura y espléndida su luz; la naturaleza se estremece de consuelo; siente ya su libertad el mundo: es María su esperanza más firme (4). Por esto el universo hállase inundado de indecible gozo cuando ella nace; porque entonces la misericordia del Señor se empieza á derramar con abundancia, y las cadenas del hombre se destrozan (5). Así es que si los Israelitas, cuando recordaban su libertad, ofrecían al Señor un sacrificio tan solemne que nos deja sorprendidos su deslumbrante y magnífica grandeza, y vemos que no cabe el júbilo en el corazón de los hijos de Jacob, ¿cuál será el que lleven nuestras almas al celebrar el día feliz en que la futura

- 
- (1) Hugo á Sto. Vic., cit. á Sylv., Ev. I, c. III.  
 (2) D. Pet. Dam., Serm., 3 de Nat. V. M.  
 (3) D. Bern., Serm. I de V. M. Nat.  
 (4) D. Damas., Serm. II de Mariæ Nat.  
 (5) D. Ildeph., Serm. de B. V. M.

Madre de Jesús se dejó ver entre los hombres? (1). Llenáronse los cielos de contento; los ángeles entonaron bellísimos cánticos de amor: Dios promulgó la paz; quedó extinguido el oprobio que confundía la esperanza de los mortales; los apacibles resplandores de la aurora disiparon las tinieblas del mundo (2).

La esperanza y el consuelo llenan el corazón cuando pensamos en María recién nacida; mas asimismo comprendemos cuánto debe ser para con el Señor nuestro reconocimiento y gratitud: los siglos disputaban entre sí cuál de ellos sería iluminado con su hermosa luz (3): los santos de la antigua ley la saludaban á lo lejos; mas no les fué dado verla; nosotros podemos decir: La hemos escuchado y visto, y nuestras manos han tocado á la Madre del Verbo de la vida. Y, por ventura, ¿hubimos adquirido algún derecho, ó teníamos otro mérito para vivir en el reino del Hijo muy amado del Señor? (4). Éramos por naturaleza hijos de ira (5); y con cuánta razón podemos preguntar, llena de ternura el alma: ¿Ha de olvidarse Dios de usar de clemencia? ¿Ó detendrá en su ira el curso de sus misericordias? (6). No, porque éstas son sobre todas sus obras: y más todavía cuando la ira no es obra de sus manos; nues-

- 
- (1) D. Pet. Dam., Serm. II de Nat. V. M.  
 (2) D. Laur. Just., Serm. de Nat. B. V. M.  
 (3) D. Joann. Damas. De Nat. B. V. M.  
 (4) Coloss, I, 13.  
 (5) Eph., II, 3.  
 (6) Ps. LXXVI, 10. D. Basil., in Gloss.



tros pecados son los que la encienden, y sólo entonces Dios levanta una muralla de funesta división que lo separa de nosotros; y á nosotros mismos, dice el Señor, nos cierra la salida con un seto de espinas, con una pared que no nos dejará pasar (1). Con todo esto, la misericordia de Dios ha salvado esa muralla, y riega y destruye con su gracia las espinas del pecado; hace salir de su santuario una fuente que derrama sus aguas sobre el mundo (2). ¿Quién es esa fuente bendita y saludable? Es María (3), que por un efecto de la clemencia del Señor nos precedió en el camino de la vida. Que el alma, pues, bendiga á Dios, y todo nuestro corazón alabe su santo nombre. Que lo bendiga y nunca olvide ninguno de sus beneficios. Que recuerde que Él es quien perdona todas sus maldades; quien sana todas sus dolencias; quien rescata su vida de la muerte; lo corona de misericordias y gracias; satisface con los bienes del cielo sus deseos, y se ha compadecido de nosotros como un padre tiene clemencia de sus hijos (4).

Dios quiso que viniéramos al mundo; pero no como los infelices que se hallan huérfanos en su misma cuna; Su Majestad preparó los brazos que nos habían de llevar, y la Madre cuyo amor y desvelos siguiesen hasta el sepulcro nuestros pasos; por esto bendecimos también á Aquella por la cual

(1) Osee., II, 6.

(2) Joel., III, 18.

(3) Hieron., Apolog. ad Panmach.

(4) Ps. CII, 1 et seq.

Dios nos dispensa todas sus misericordias, y derramamos el alma en su adorable seno. ¡Oh, cuánta debe ser nuestra gratitud para con María! ¡Qué ardiente el amor que la tengamos!

No sólo pudimos haber venido al mundo antes del nacimiento de María, tenemos que añadir, para que el beneficio que venimos contemplando se nos descubra en toda su grandeza, y sepamos estimarlo; que en nuestros mismos días hay lugares donde innumerables hombres viven en las tinieblas del error; para éstos no ha nacido aún la luz: ¿por qué, pues, no hemos exclamado: Pusiéronme en un profundo calabozo, en lugares tenebrosos, entre las sombras de la muerte? (1). Es que de nuevo la misericordia divina derrama sobre nosotros su ternura. Asimismo María, al nacer, dijo al Señor: Dame hijos; y nosotros fuimos los escogidos por Dios (2) para ser esos hijos tan felices. ¿Cómo, después de esto, dejar de amar á nuestra dulce Madre con todo el corazón? Imposible casi nos parece pensar en consideraciones tan hermosas, y no sentirnos conmovidos, pues nunca dejará de hallarse enardecido el pecho de hijo alguno cuando contempla el cariño de su madre. Por nuestra parte, en medio del amor que nos abraza, sentimos una tristeza muy profunda, por ser el corazón que tenemos pequeño y miserable; y bien quisiéramos amarla sin medida, y no ocuparnos en otra cosa sino en Ella, y en todos tiempos y lugares darle gloria. ¡Oh! Ella es

(1) Ps. LXXXVII, 7.

(2) Gen., xxx, 1.



tan hermosa y atractiva, y el hombre la debe tantos bienes, que en servirla y amarla hallamos una dicha incomparable. ¿Dónde están las bellezas que así puedan inclinar el corazón? Y sobre todo, ¿dónde se halla la felicidad que nos prometen, ó que acaso esperábamos en tiempos de funestos extravíos? Á la pequeñez y miseria propias de todo corazón, hemos agregado la desgracia del olvido y la infidelidad, que nos ha hecho esclavos de un amor profano; por esto, cuando el Señor hácenos volver sobre nuestros pasos y queremos consagrarnos al servicio de María, nos avergonzamos de querer amarla; pero Ella nos recibe con agrado, y entonces sentimos grandísimo dolor de no poder amarla como los serafines y sus más amantes siervos. Llenos de aficción, la pedimos llorando su amor; casi quisiéramos sentirnos con Su Majestad, porque no hallamos en nosotros aquellos arrobadores incendios que eran y son tan frecuentes en sus verdaderos hijos; y nos decimos: ¿Será posible que una Madre tan tierna y compasiva no nos dé su amor? No temamos, porque de Ella está escrito: «Es luminosa é inmarcesible; se deja ver fácilmente de los que la aman, y hallar de los que la buscan, se anticipa á aquellos que la codician, poniéndoseles delante Ella misma» (1).

Ahora, efectivamente, la tenemos delante de nosotros en una humilde cuna: humilde para el mundo; gloriosa y resplandeciente de santidad y pureza á los ojos de Dios.

El mundo estima como ilustres y dignos de

(1) Sap., VI, 13, 14.

alabanza, á los hombres en cuyo nacimiento ruedan las cunas de oro y de marfil (1). Á éstos prodiga sus honores y llama muy dichosos: en aquellas ocasiones se adornan y perfuman los palacios, se preparan espléndidos festines, se escuchan canciones armoniosas, y el dinero se derrama en abundancia; nada de esto encontramos en torno de la cuna de María; ni aun sabemos con certeza dónde vió la luz primera; tal vez fué en ignorada y miserable aldea cerca de Séfora (2).

Seguramente precedieron el nacimiento de la futura Madre del Señor, admirables y grandes portentos; mas sólo Dios sabe cuáles fueron (3). Por lo demás, la cuna de la Reina de los Angeles no fué ni recamada de oro, ni cubierta de colchas del Egipto ricamente bordadas, ni perfumada con el nardo, mirra y áloe, como la de los príncipes hebreos; compusieronla ramas flexibles, y unas cintas de grosero lino comprimieron los bracitos que un día debían mecer tan dulcemente al Salvador del mundo. Los hijos de los reyes, envueltos todavía en sus mantillas de púrpura, ven á los grandes del Estado encorvar sus cabezas delante de ellos, y decirles: Señor, la Esposa y Madre de Dios otorgó su primera sonrisa á unas pobres mujeres que se decían, tal vez pensando en el infortunio de las de su sexo: «Una esclava más» (4).

(1) R. Caro. Ruinas.

(2) Abulen., in Matth., c. II, q. 91.

(3) D. Ansel. et Thom. á Villan., Serm. II, De Nat. B. V. M.

(4) Orsini: La Virgen, c. III.



Y entonces pasó el nacimiento de María sin dejar su recuerdo en el mundo.

No pasaban así las cosas en el cielo. El Señor había mandado delante de la Augusta Niña brillantes falanges de patriarcas, y profetas, y reyes, que abrieran su marcha triunfal, y nos dijese cuán grande sería la criatura feliz cuyas sendas, siglos antes que al mundo viniera, estaban cubiertas de luz y gloria. Cuando nace, esos siglos se agrupan en torno de su cuna, la saludan y llaman su esperanza y consuelo, objeto de ternísimos suspiros, de proféticas visiones, de anuncios de paz y ventura, que formaban la hermosa corona de las excelencias y grandezas de María, que hoy le presentan.

No son estos los últimos resplandores de su gloria; en pos de Ella viene el Hijo del Eterno, lleno de gracia y de verdad, y revestido de la gloria que corresponde al Unigénito del Padre. Así es como toda gracia y perfección, toda pureza y hermosura, se hallan junto á la cuna de nuestra amada Niña (1).

Dios, lleno de amor, la contempla, y nos parece que pregunta: ¿Quién es esta criatura tan hermosa? Es la obra más perfecta de sus divinas manos, la Inmaculada y llena de gracia, la mujer de los altos destinos, la amada de su corazón; grandes palabras, cuya profundidad no sondea la humana inteligencia; cuyo valor sólo Dios comprende. En efecto, ¿quién puede medir la inteligencia y el amor divino? Y era la sabiduría del

(1) D. Th. á Villan., sup. cit.

Señor quien criaba á María, como el templo más bello de su gloria; levanta en su corazón siete columnas, enriqueciéndolas con todos los dones celestiales (1). El amor divino derramaba en su alma santa los tesoros de su gracia y bondad.

Nosotros también contemplamos en su cuna á nuestra amada Niña; pero ¿caso ignoramos que está escrito: «El lecho de Salomón se halla rodeado de sesenta valientes de los más esforzados de Israel, todos armados de alfanjes, y muy diestros para los combates; cada uno lleva al lado su espada por temor de los peligros nocturnos»? (2). Efectivamente, los ejércitos del cielo guardan la cuna de su Reina, y no dejan que se acerque el ángel del pecado; mas no pueden impedirnos que vengamos á ofrecerle nuestro amor, á bendecir al Eterno en esta obra primorosa de sus manos: podemos, pues, confiados, cubrir de flores la cuna de María, y llenar del perfume de nuestros afectos la humilde estancia donde vió la luz primera.

¡Qué hermosa es esta Niña pequeñita! ¡Cuántas gracias brillan en su frente! ¡Qué dulce sonrisa juguetea en sus labios, semejantes al botón de purpúrea rosa al entreabrirse! Son sus ojos de mirar tan apacible, cual mirar de paloma torcaz. La pureza embellece su cuerpo, la providencia lo organiza, lo anima la gracia; la caridad forma su corazón, la prudencia su cerebro, el pudor redondea su frente; la dulzura se halla en sus labios, la decencia cubre sus mejillas; la modestia y la cas-

(1) Prov., IX, 1. D. Bonav., Serm, 1, In fes, omn. sanc.

(2) Cant. VII, 7-8.



tividad difunden en todo su sér la gracia y embelleso (1). ¡Oh, el alma queda enamorada al contemplar sus gracias! Creeríamos que es un ángel; mas nos engañamos: es la Reina de los ángeles y de toda la milicia celestial.

Como los amigos de los Cantares, escuchamos atentamente (2): Oid cómo palpita su inocente y tierno corazón; de vez en cuando, exhala un suspiro que nos revela tristeza. ¿Es acaso, Niña hermosa, que desde entonces ya pensabas en los dolores que sufrirías por tus hijos? Pero duerme sosegada, Tú que eres alegría del cielo, esperanza del mundo, consuelo del hombre, mientras nosotros, arrobados en profunda admiración y enternecidos, te contemplamos en la cuna, llena de gracias y encanto.

La esperanza de los hombres se deja ver alegre y hermosa en la cuna de María, porque Ella nos trae el remedio de todos nuestros males: eran éstos, las tinieblas del error, la debilidad y miserias del pecado, las pesadas cadenas del demonio, que arrastrábamos gimiendo. Y María nace para Madre de la Luz increada: y Ella misma la derriamará hasta los confines del mundo (3). Viene para sostener al hombre, que vacila en la virtud; y da una mirada sobre aquél á quien combaten las pasiones; mirada que lleva al corazón una brisa suave y amorosa de virtud: y cuando el ene-

(1) Gerson.

(2) VIII, 13.

(3) Cyril. Alex., Hom. cont. Nestorium.

migo se nos acerca, sabe ponerlo en vergonzosa fuga.

Todo esto contemplaban los ángeles del Señor, preguntando: ¿Quién es la que se levanta sobre el mundo, y disipa las tinieblas como el sol, y derrama la luz como los reflejos serenos de la luna, y ahuyenta los demonios, y los hunde en el abismo, cual ejército aguerrido en el combate?

El celestial Esposo nos dice que no hagamos ruido ni despertemos á su amada (1). En silencio, pues, hagámonos esta pregunta: Tenemos una hermana pequeñita: ¿qué haremos con Ella? Es como un muro, edifiquémosle encima baluartes de plata: es como una puerta, reforcémosla con tablas de cedro (2). Esto viene á confirmar y dilatar inmensamente nuestra esperanza en María, porque Ella es la defensa y el amparo del pueblo cristiano; Ella la que siempre se opone, cual muro que jamás puede franquearse, á la herejía y todos los errores; Ella la que en cien y cien combates ha desmenuzado con su planta virginal la cabeza del demonio, dando armas y victoria á los valientes que pelean en su nombre y por su causa, y que antes de bajar á la arena le dicen, como el defensor de su pureza inmaculada: Por gracia te ruego que me dejes alabarte, y me des fuerza para vencer tus enemigos (3).

Esa Niña que contemplamos en su cuna, es la puerta de eterna salvación, abierta siempre para

(1) Cant. III, 5.

(2) VIII, 8, 9.

(3) Escoto. In vit. ejus.



recibirnos; puerta más amada del Señor que todos los tabernáculos de Jacob (1).

Nuestra hermana es pequeñita: ¿qué haremos con Ella? Jacob dijo al ángel: «No te dejaré si no me das tu bendición» (2). Y la Esposa decía en los Cantares, á su amado, lo que nosotros á María: «¡Quién nos diera, hermana mía, que fueseis como una niña que está á los pechos de su madre para cubrir tu hermosa frente de castísimos ósculos de amor! Yo te tomaría y llevaría en mis brazos á la casa de mi madre: allí me enseñarías y harías ver tus gracias, y yo te daría á beber del vino compuesto y del licor nuevo de mis granados» (3). Ahora nos hallamos junto á la cuna de María: ¡cuánto consuelo poder tomarla en brazos y decirle: Mi amada para mí, y yo para mi amada! He encontrado á la que amo, jamás la dejaré (4). Ella es mi tesoro y mi riqueza: tesoro del Señor y riqueza de los cielos: el oro y la plata, comparados con su amor, son vil y despreciable escoria; los amores del mundo, fuentes de agua corrompida, que camina descendiendo, y se pierde en abismos tenebrosos; degradación tristísima del alma que nos lleva y arrastra por el cieno. Pero tenemos en los brazos á María; ¿quién se acuerda del mundo para nada? Los profundos suspiros, las lágrimas ardientes, la efusión de la más viva ternura: hé aquí nuestras delicias, la ocupación que llena la

(1) Sm. LXXXVI, 2.

(2) Gen., XXXII, 26.

(3) VIII, 1-2.

(4) II, 16; III, 4.

vida de consuelos, y nos hace olvidarlo todo por Aquella á quien amamos.

La cuna de María es para nosotros el trono del Señor; un altar donde rendimos alabanza y dulce bendición á nuestro Dios. Y ¿por qué? ¡Ah! ¿Por ventura no debe ser glorificado el Eterno, por sus dones? Cuando la hermosa Niña se deja ver acá en la tierra, el Señor nos da un riquísimo tesoro que trae consigo todos los bienes de los cielos.

Es María el principio de las más bellas y abundantes gracias que se derraman sobre el mundo: cuando nace, los ángeles la veneran con rendidos homenajes; el Padre se inclina á su Hija predilecta, cuya frente está coronada de azucenas; el Hijo contempla lleno de amor á su futura Madre, y el Espíritu Santo, como su esposo, la cubre con su sombra. Es un día de gloria para el cielo: lo es de bendición y dicha para el mundo; y por esto, en medio de nuestro profundo regocijo, elevamos al Eterno cánticos de reconocimiento y gratitud.

Alabamos á María desde su cuna, y son para gloria del Señor aquellas alabanzas que rendimos: nuestra tierna Niña las presenta en sus manos, y Dios las recibe con agrado; porque esas manos son muy puras, están hechas á torno; llenas de jacin- tos, exhalan la fragancia de escogida mirra; son blanquísimos lirios, en que Dios recibe con agrado cuanto se le ofrece. Dios recibe perfecta alabanza de la boca de los niños y de los que aun tienen la leche en los labios (1). Y por esto, ¿qué complacencia no causarían en el corazón del Eterno las

(1) Sm. VIII, 3.



bendiciones que desde su cuna le mandaba la hermosa Niña, que fué llena de gracia y virtud desde el instante primero de su existencia? Dios le hacía escuchar entonces estas palabras de amor: «Suena tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce» (1). Muy dulce y amada era ciertamente, á los oídos y al corazón del Señor, la voz de María: era el acento del amor más puro, el blando arrullo de la celestial paloma que Dios crió para su gloria; era, en fin, una canción divina que alegraba al Paraíso.

## § II.

Entretanto, ¿cómo se llama esa tierna y agraciada Virgen? Su nombre es María; nombre lleno de misterio y consuelo. Detengámonos contemplando algunas de sus bellas significaciones; porque no hay otro alguno después del sagrado nombre de Jesús, así embalsamado de amor y de esperanza.

Si pensamos nuestra condición, descubrimos que es la del soldado en el combate (2): pasamos la existencia en una guerra que no cesa hasta el sepulcro: nos rodean peligros sin cuento, desfallecemos bajo el peso de grandes trabajos, preparados para rechazar ó acometer, solícitos siempre, jamás en quietud. Hé aquí la condición de todos

(1) Cant., II, 14.

(2) Job, VII, 1. D. Greg., hic. D. Bern., Serm. 1, De divers.

las mortales (1). Sin embargo, en todas las fases de la existencia, tristísimas por cierto, encontramos el alivio y consuelo en el nombre de María. ¿Navegamos, por ventura, en borrascosos mares, descubriendo á cada instante escollos y peligros, y abismos de profunda obscuridad? Una mirada al cielo, donde brilla la estrella de los mares: un suspiro, la invocación de su sagrado nombre, nos salvan del peligro.

Como los vientos levantan las olas del Océano y lo enfurecen, así la soberbia hincha y trastorna el corazón del hombre; la avaricia, la detracción, los celos, la ira y los placeres, á su vez se acercan azotando la nave de nuestra alma, que sólo llega al puerto de eterna salvación, cuando, poniendo la mirada en esa estrella, la llamamos con tierna y sentidísima plegaria. Tal vez hemos sufrido el triste naufragio del pecado; ¿cómo, entonces, poder levantar los ojos á María? Pero baja de los cielos la luz de esa divina estrella, penetra el abismo y derrámase en el alma. El horror de nuestros crímenes, la turbación de la conciencia, el juicio del Señor, nos envuelven en sombras de tristeza: la desesperación se nos presenta; todo, en fin, parece conspirar á nuestra ruina. El nombre de María vuelve la luz, alienta la esperanza, da la paz; nos llena de fortaleza en los combates, de consuelo en las angustias que sufrimos, y en las dudas que agostan la virtud, con sople abrasador, es la brisa que alegre y vivifica el alma del cristiano.

(1) Calmet, hic.